



Peter-Hans Kolvenbach, S.J., Prepósito General y Maestro de espiritualidad ignaciana

Urbano Valero

El pasado 26 de noviembre de 2016 fallecía en Beirut el M.R.P. Peter-Hans Kolvenbach, cuatro días antes de cumplir los 88 años. Durante casi 25 (del 13 de septiembre de 1983 al 14 de enero de 2008, día en que la Congregación General 35 aceptó su renuncia al cargo), había gobernado la Compañía de Jesús como Prepósito General.

Entrada en la Compañía y formación

77

Nacido el 30 de noviembre de 1928 en Druten (Gelderland, Países Bajos), de padre alemán y madre italiana, conoció la Compañía de Jesús por sus estudios de secundaria técnica en el Colegio Canisius de Nimega; y, tras un año de estudio de latín y griego, ingresó en el Noviciado de Grave el 7 de septiembre de 1948. Fue, leyendo y considerando el Principio y Fundamento de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, en busca de luz para orientar su vida, golpeada ya en su adolescencia por los horrores de la Segunda Guerra Mundial en su país natal, como sintió la llamada de Dios a la Compañía. ¿Sería éste su primer encuentro con los Ejercicios de San Ignacio el que generó la fuerte querencia hacia ellos, que le acompañaría durante toda su vida? Cumplido su noviciado y después de un año de juniorado en Grave y tres de estudio de la filosofía en el Instituto Berchmans de Nimega, se ofreció, respondiendo a una llamada del General P. Janssens, a reforzar los efectivos de la Provincia de Alemania Oriental, que había perdido trágicamente, en accidente de tráfico, a 13 de sus estudiantes de filosofía en Pullach. Su ofrecimiento fue desviado –¡camino de Dios!– hacia la Viceprovincia del Próximo Oriente, que era ayudada por su propia Provincia, siendo destinado al Líbano, del que hizo su nuevo país de adopción, empeñándose en insertarse lo más profundamente posible en él. Desde el comienzo, se

Urbano Valero

dedicó a aprender el árabe en contacto directo con la gente, y fue especializándose en lengua y literatura armenias. Estudió la Teología en la Universidad de San José de Beirut (4 años), recibiendo la ordenación sacerdotal, según el rito armenio, de manos del Vicario Apostólico en Beirut, Eustace John Smith, OFM, el 29 de junio de 1961. Seguidamente continuó sus estudios de filología y lingüística en Beirut y París (la Sorbona). Coronó el proceso de formación en Pomfret (Connecticut, Estados Unidos) con la Tercera Probación, emitiendo su profesión solemne el 15 de agosto de 1969.

Ministerios en Beirut y Roma

Su primer destino fue la Universidad de San José de Beirut, como profesor de lingüística general y lengua y literatura armenias (1968-1974). Este último año fue nombrado Vice-Provincial de Oriente Próximo, y, en esa condición, participó en la agitada Congregación General 32 (1974-75), en la que guardó un hermético silencio, al menos en las reuniones plenarias y las de la Comisión sobre criterios apostólicos de la Compañía, de la que formó parte. Más de una vez comentaría después, siendo ya Prepósito General, sin empacho alguno y con su típico humor, el desconcierto que había experimentado hasta llegar a entender de qué se estaba tratando en aquella Congregación. Era todo tan distinto y tan lejano de las preocupaciones y proyectos de su mundo árabe... Además, «venía de la guerra en el Líbano, donde las preocupaciones diarias eran, ante todo, saber si tendríamos qué comer y beber y si funcionaría, o no, la electricidad».

En 1981 fue llamado a Roma por el Prepósito General, P. Pedro Arrupe, para ser Rector del Pontificio Instituto Oriental, confiado por la Santa Sede a la Compañía. Nuevamente, los misteriosos caminos de Dios. En el verano de aquel mismo año el P. Arrupe sufrió la hemorragia cerebral que le inhabilitaría para seguir desempeñando su cargo de Prepósito General. Por su parte, el papa Juan Pablo II determinó designar al P. Paolo Dezza como delegado personal suyo para el gobierno de la Compañía y la preparación de una próxima Congregación General, que se celebraría en el momento oportuno. Al cabo de algo más de dos años de este régimen excepcional, gestionado eficaz y hábilmente por el Delegado pontificio, el Papa permitió la celebración de la Congregación General, que fue finalmente convocada para comenzar el 2 de septiembre de 1983. El P. Kolvenbach fue elegido para participar en ella de parte de su Viceprovincia. Otra vez, los misteriosos caminos de Dios.

Peter-Hans Kolvenbach, S.J., Prepósito General y Maestro de espiritualidad ignaciana

La elección como General

El objetivo primordial de aquella Congregación era obviamente la elección del nuevo Prepósito General, que devolviera la Compañía a su vida normal, con un gobierno ordinario formado según su Instituto. Tarea complicada, que sumía a los Electores en gran perplejidad. De entrada, no se veía en el horizonte un candidato que se impusiera claramente: resultaba muy difícil encontrar un sucesor al Padre Arrupe, que había promovido ferientemente la renovación postconciliar de la Compañía y se había ganado los corazones de la inmensa mayoría de los jesuitas, no obstante la fuerte oposición de un núcleo significativo y resistente de ellos y de la insatisfacción, reiteradamente expresada, del Vaticano (tres Papas sucesivos –Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II– y lo más representativo de su curia), respecto de su gobierno y de la situación de decadencia y división interna en que, como consecuencia de ello, la Compañía habría llegado a encontrarse. Los hombres más afines a Arrupe quedaban descartados de la elección; y, fuera de ellos, no destacaba ningún otro que llamara la atención de los Electores. Solamente, un discreto rumor, procedente, según se decía, de los Provinciales franceses, pronunciaba, desde algunos meses antes, el nombre del Padre Peter-Hans Kolvenbach, que, según ellos, había hecho una labor de gobierno muy buena y elogiada por todos en la complicadísima Vice-Provincia del Próximo Oriente. Confirmaba este rumor algún compañero del Pontificio Instituto Oriental de Roma; mientras que algún otro oponía su dudosa salud, interpretando así sus peculiaridades alimenticias.

Después de aceptar la renuncia del Padre Arrupe y de rendirle el homenaje merecido, la Congregación se concentró en la elección del nuevo Prepósito General, abierta a la novedad que el Señor pudiera ofrecerle, sin empeñarse en reproducir la figura del General saliente. En los cuatro días de retiro (oración y penitencia) previos al de la elección, a través de las informaciones confidenciales entre los Electores, se fue afirmando progresivamente la figura del Padre Kolvenbach, como un hombre profundamente espiritual, de gran prudencia y capacidad intelectual, modesto, sereno en las dificultades y conflictos, sencillo y afable en el trato, trabajador infatigable, políglota con dominio de varias de lenguas antiguas y modernas, impregnado de una cierta reserva en la relación con los demás que lo envolvía en un leve halo de misterio, fino diplomático y buen negociador.

Su figura se fue afirmando como un hombre profundamente espiritual, de gran prudencia y capacidad intelectual, sereno en las dificultades y conflictos.

Urbano Valero

Parecía el hombre cortado a medida para la situación tan especial que estaba viviendo la Compañía. Su currículo le daba conocimiento vivido de la realidad sociocultural contrastante de Occidente y del Próximo Oriente. Por otra parte, los informes sobre su aptitud para el gobierno, custodiados en la Curia General, dados “en tiempo no sospechoso”, avalaban estas impresiones, y curiosamente destacaban la aceptación general con que daba frecuentemente los Ejercicios ignacianos. Todo parecía sonar bien. Abierta la elección, resultó elegido, al primer escrutinio, por un número de votos holgadamente sobrado. Los presentes pudimos oír, por fin, sus primeras palabras pronunciadas en el Aula, en las dos Congregaciones Generales en las que había participado. Fue un discurso breve, en el que, en un creciente suspense, nos mantuvo en vilo durante unos instantes. Empezó a contar lentamente cómo San Ignacio, elegido primer Prepósito General de la Compañía naciente por voto unánime de sus compañeros, se había negado a aceptar el cargo, por sentirse indigno. ¿Quién, pues, después de él, podría atreverse a pensar de sí mismo lo contrario...? Finalmente –prosiguió– Ignacio, aconsejado por su confesor, después de una confesión general de toda su vida, aceptó la elección; y, al redactar más tarde las Constituciones, estableció que en el futuro “el elegido no pueda rehusar la elección” [Co 701]. Por ello, concluyó, no podía menos de aceptarla, pero que lo hacía confiando plenamente en la Compañía y en todos sus miembros y pidiendo a los Electores, que, con el conocimiento de sus debilidades que habrían obtenido por las informaciones cruzadas sobre él en los días precedentes, a la hora de elegir a los Asistentes, le proporcionarán los mejores colaboradores que pudieran encontrar. Proclamó sin reparo ante la Congregación que, debido al desarrollo de su vida anterior, no conocía suficientemente la Compañía y que tendría que tomarse su tiempo para descubrirla en su realidad actual. Así, en la mañana del 13 de septiembre de 1983, a los 55 años de edad, asumió, al parecer, con la mayor naturalidad y empezó a desempeñar su cargo, que, según las Constituciones de la Compañía, sería “por vida y no por tiempo determinado” [Co 719]. Se contaba que, pocos días después, volvió al Instituto Oriental a buscar alguna cosa, y, al preguntarle sus anteriores compañeros cómo se sentía, habría respondido: “Nada te turbe, nada te espante. Quien a Dios tiene nada le falta. Solo Dios basta”.

80

Su servicio como General

El generalato del P. Kolvenbach fue uno de los más largos y fecundos de la historia de la Compañía. Ya desde el mismo comienzo tenía ante sí,

Peter-Hans Kolvenbach, S.J., Preposito General y Maestro de espiritualidad ignaciana

como tareas inmediatas e inaplazables, dos delicadísimas operaciones: ayudar a la Compañía a salir del shock paralizante que le había producido la inhabilitación del Padre Pedro Arrupe para el ejercicio de su cargo como General, con la consiguiente intervención del Papa Juan Pablo II en su gobierno, y restablecer entre ella y la Santa Sede un clima de confianza y afecto recíproco y constructivo, que se había deteriorado en el período anterior. A las dos se dedicó con sumo empeño y sin perder tiempo, convocando a la Compañía a recuperar su entrega incondicional a la misión, poniendo cuanto estaba a su alcance para recrear el clima deseado de paz y armonía entre ella y la Santa Sede. Ambos objetivos eran condiciones previas para abrir a la Compañía un nuevo camino de fidelidad y fecundidad en el servicio a su misión sin trabas ni temores.

En su logro invirtió generosamente su amor sincero y su fidelidad total a la Iglesia y a la Compañía, junto con su probada destreza negociadora. La Compañía le está y estará siempre vivamente agradecida por estos logros en tiempo relativamente breve y con una honestidad incuestionable.

A partir de ahí y gracias a su intensa dedicación al trabajo –todos los días y muchas horas cada día–, sin concederse tiempos extra de descanso, con plena confianza en Dios, alimentada por una intensa familiaridad con Él, abordó con asiduidad ejemplar las múltiples tareas de su cargo. Desde muy pronto llamó a la Compañía a, ante todo, reavivar su vida en el Espíritu –“*curet primo Deum*”– y a practicar de modo sistemático, personalmente y en comunidad, el discernimiento aprendido de San Ignacio en los Ejercicios Espirituales, aplicándolo también a las decisiones apostólicas y a su planificación. A lo largo de los años de su servicio, siguió presentándole, por medio de la correspondencia epistolar regular, de múltiples reuniones de diversos grupos y viajes periódicos por todo el mundo para encontrar a los jesuitas en las reales situaciones de su vida y apostolados, los aspectos sustanciales de la espiritualidad ignaciana y de la misión apostólica, haciendo partícipes de ellos también a los colaboradores y colaboradoras no jesuitas en la misión. Hizo elaborar un corpus orgánico de instrucciones sobre las diversas etapas de la formación. Dio pautas sobre las diferentes actividades apostólicas. Promovió la creación y funcionamiento de las Conferencias de Superiores mayores para intensificar la colaboración inter y super-provincial, desarrollando el núcleo embrionario de las mismas, procedente del período anterior; reorganizó las Asistencias y recombino también algunas Provincias. A raíz de la caída del muro de Berlín,

Se dedicó con sumo empeño y sin perder tiempo a restablecer entre la Compañía y la Santa Sede un clima de confianza y afecto recíproco y constructivo.

Urbano Valero

favoreció decididamente la aparición pública y la reorganización de la Compañía clandestina, dispersada y reducida al silencio al otro lado del telón de acero.

A los diez años de su elección, juzgó conveniente recabar la ayuda de la Congregación General para tomar el pulso a la vida de la Compañía por medio de su más alta instancia de autoridad y reajustar su rumbo en cuanto fuera necesario. También para cumplir el encargo, que le había dado la Congregación precedente, de proceder a la revisión del derecho propio de la Compañía. Ayudado por su equipo de gobierno e implicando en la tarea a toda la Compañía, cuidó con esmero la preparación de la Congregación, convocándola finalmente para el 5 de enero de 1995. Ésta, desarrollada en un ambiente básico de concordia y colaboración positiva, confirmó las orientaciones renovadoras formuladas por las Congregaciones anteriores, explicitando con claro sentido integrador algunos aspectos de la misión, ya antes mencionados, pero no suficientemente elaborados: “A la luz del d. 4 [de la CG 32] y nuestra experiencia actual, podemos afirmar que nuestra misión de servicio de la fe y promoción de la justicia debe ensancharse para incluir como dimensiones esenciales la proclamación del Evangelio, el diálogo [con otras tradiciones religiosas] y la evangelización de la cultura”. Éste fue su principal mensaje y la clave de lectura e interpretación de sus determinaciones y propuestas. Entre ellas destacaban el impulso dado a la colaboración con los laicos en su misión y de las diversas Provincias entre sí, especialmente las de una misma región socio-cultural como área de planificación apostólica común. A ello se añadían algunas adaptaciones de las estructuras de gobierno y la revisión global del derecho propio de la Compañía, que desembocó en las Constituciones actualizadas mediante anotaciones oficiales al texto original y la recopilación de Normas Complementarias a ellas, extraídas de los decretos de Congregaciones Generales precedentes, para hacer más viva e incisiva su observancia en el momento presente. La Congregación, que en muy amplia medida resultaba ser una decantación positiva de la marcha de la Compañía, bajo la guía de su actual Prepósito, en sustancial continuidad con su predecesor, representó una gran ayuda y confirmación para él en la continuación del ejercicio de su cargo con nuevas perspectivas. Dio lugar en un primer momento a la conformación de un nuevo equipo de Asistentes, Consejeros y Oficiales del gobierno general –caras nuevas y estilos nuevos, a lo que el P. Kolvenbach daba la denominación jocosa de “segunda república”–, y propició luego intensamente la colaboración con otros en la misión, y la de los Provinciales entre sí y con el General, en un modo de gobierno más participativo e interconectado en un mundo cada vez más globalizado.

Peter-Hans Kolvenbach, S.J., Prepósito General y Maestro de espiritualidad ignaciana

A lo largo de los años que iban pasando, se acrecentaban el reconocimiento y afecto de los jesuitas hacia su Padre General, un afecto sereno y profundo, acorde con su modo de ser, nutrido por el alto aprecio de sus cualidades espirituales y humanas y, sobre todo, por “el crédito y ejemplo de su vida” [Co 790], que hacían que los compañeros, como deseaba San Ignacio, tuvieran la convicción “que su Superior sabe y quiere y puede bien regirlos en el Señor nuestro” [Co 667].

Fuera de la Compañía, gozaba también de un alto prestigio y estima en los ámbitos eclesíasticos y de la vida religiosa en Roma. Fue durante algunos años Vicepresidente de la Unión de Superiores Generales; participó, por elección de éstos, en todos los Sínodos de los Obispos; fue miembro de las Congregaciones Vaticanas para la Evangelización de los Pueblos y para los Institutos de Vida Consagrada y consultor de la Congregación de las Iglesias Orientales. Y, según sus posibilidades, dispensaba su consejo y orientación a algunas congregaciones religiosas, femeninas y masculinas, que ocasionalmente se la solicitaban. Rasgo característico suyo fue la cálida hospitalidad con que casi a diario recibía a compartir su mesa a toda clase de invitados de dentro y fuera de la Compañía, ya fuera para tratar asuntos o simplemente por pura convivialidad.

Obviamente, siendo todo esto verdad, no todo en la Compañía era tan de color de rosa, como podría hacer pensar lo dicho hasta aquí; seguíamos siendo humanos y pecadores. La Compañía y los jesuitas en particular seguían sufriendo las amenazas y ataques de los poderosos de este mundo, a veces incluso hasta la muerte (concretamente en algunos países de África, India, Centroamérica); algunos individuos, como siempre en la historia de la Compañía, seguían funcionando a su aire, comprometiendo el buen crédito de los demás y de la institución; a los dicasterios de la Santa Sede seguían llegando (quizá en menor cuantía que antes) informaciones desfavorables o casos problemáticos de jesuitas por el mundo. El P. Kolvenbach tenía, por temperamento y singular prudencia, el don de no agrandar los problemas y, a la vez, la diligencia y determinación necesarias para no dejarlos de lado hasta que el tiempo y el olvido los resolvieran. Sin ruidos estériles los afrontaba, generalmente haciéndose presente y ofreciendo las explicaciones oportunas allí donde fuera necesario. Por esta vía solucionó o, al menos, aminoró no pocos problemas y probablemente ahorró otros muchos a la Compañía y a jesuitas en particular; nunca rehusó poner de su parte cuanto pudo para lograrlo.

Tenía el don de no agrandar los problemas y a la vez la diligencia y determinación necesarias para no dejarlos de lado hasta que el tiempo y el olvido los resolvieran.

Urbano Valero

Renuncia al cargo

Tuvo que ocuparse todavía en desactivar algunas oscuras maniobras conspirativas, de altos vuelos, que pretendían provocar una nueva intervención pontificia en el gobierno supremo de la Compañía.

84

Los años pasaban y se sumaban tanto en su persona como en su presencia al frente de la Compañía, sin que realmente ello significara un desgaste apreciable en él ni en su actividad; todo seguía desarrollándose normalmente. Sin embargo, según pasaba el tiempo, era inevitable pensar en la posibilidad de la renuncia al cargo, abierta por la Congregación General 31, en 1966, aun manteniendo su carácter vitalicio. Se sabía que el papa Juan Pablo II le había dicho, al presentarse a él por primera vez como Prepósito General, comentando los intentos frustrados de renuncia por parte del Padre Arrupe, que, antes de poner eventualmente en marcha los trámites previos para la suya propia, debería informarle a él o a su sucesor. Kolvenbach, por su parte, pensaba que la llegada a los 75 años, por semejanza con la renuncia pedida canónicamente a los obispos a esa edad, podría facilitar la acogida favorable de su deseo por parte del Papa; para entonces (2003) habría cumplido ya 20 años como General. Pero sucedió que precisamente en aquellos años el papa Juan Pablo había empezado a manifestar síntomas de la que fue su última enfermedad; no parecía, por tanto, aconsejable sobrecargarle con un nuevo problema, que tampoco era extremadamente urgente ni de primerísimo orden para la Iglesia universal. Por ello, el Padre Kolvenbach hubo de esperar a su primer encuentro con el papa Benedicto XVI, el 20 de junio de 2005, para manifestarle su deseo de renunciar al cargo. El papa Benedicto le expresó benévolamente su conformidad.

Desde entonces empezó a preparar la CG 35. Al mismo tiempo, tuvo que ocuparse todavía en desactivar algunas oscuras maniobras conspiratorias, de altos vuelos, que pretendían provocar una nueva intervención pontificia en el gobierno supremo de la Compañía, a fin de devolver su rumbo a la época preconiliar. En la sesión inaugural de la CG 35, el 7 de enero de 2008, presentó su renuncia. Era la primera vez que un General de la Compañía renunciaba libremente, sin verse obligado a hacerlo por necesidad. La Congregación la aceptó el 14 de enero, expresándole en caliente su más vivo agradecimiento: por el ejemplo de libertad que había dado al renunciar; por la forma en que había sabido conducir la Compañía después de la intervención pontificia de 1981; por el carisma de unidad que había representado su persona y su forma de gobierno para una Compañía cada

Peter-Hans Kolvenbach, S.J., Prepósito General y Maestro de espiritualidad ignaciana

vez más plural y multicultural, con atención respetuosa a todos, su enseñanza llena de sabiduría y equilibrio y su presencia animadora; por la confianza mostrada tanto a sus colaboradores de la curia como a todos los provinciales en su manera de gobernar. Al final de la Congregación, se lo expresarían más por extenso en una hermosa carta colectiva de todos sus miembros (4 de marzo de 2008).

Ya en la homilía de la misa inaugural de la Congregación, celebrada el 7 de enero de 2008 en la iglesia del Gesù, el cardenal Franc Rodé, Prefecto de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica, invitado por él a presidirla, le había expresado su vivo agradecimiento, en nombre de la Iglesia y suyo propio, por haber conducido la Compañía durante casi veinticinco años con sabiduría, prudencia, empeño y lealtad, dando ejemplo de humildad y pobreza. Lo mismo haría el papa Benedicto XVI, primero en una carta de 10 de enero de 2008, y luego, el 21 del mismo mes, en su discurso a todos los congregados.

El propio Padre Kolvenbach, en su carta de despedida de toda la Compañía (14 de enero de 2008), decía: “Al final de estos casi 25 años de servicio, quiero en primer lugar dar gracias al Señor, que –para decirlo con palabras de San Ignacio– me ha sido verdaderamente ‘propicio en Roma’, guiando una Compañía de la que él ha querido servirse para su mayor gloria. ... Estoy también muy agradecido de haber podido encontrar y acompañar a tantos amigos en el Señor, que en tan diversas vocaciones se han revelado siempre auténticos servidores de la Misión de Cristo”.

Así, misión y deber cumplidos, finalizada la Congregación, regresó muy contento, como jesuita de base, a su Provincia del Próximo Oriente, donde, durante estos últimos ocho años, ha seguido trabajando en la sección armenia de la Biblioteca Oriental y en el Centro de Documentación e investigación árabe-cristianas (CEDRAC) de la Universidad San José de Beirut, esperando la llamada definitiva de “su rey eterno y señor universal” a seguirle en la gloria, como antes le había seguido en la pena [Ej 97].

Maestro insigne de espiritualidad ignaciana

El P. Kolvenbach declaró públicamente más de una vez no ser especialista en espiritualidad ignaciana. Y, sin embargo, es impresionante, no solo por su increíble riqueza, sino, y mucho más, por su alta calidad y profundidad, el legado espiritual que nos dejó precisamente en ella. Contribución inestimable a la re-fundamentación y revitalización apostólica y misionera de la Compañía de Jesús en espíritu de “fidelidad creativa”, su propuesta

Urbano Valero

Su propuesta fue la de una espiritualidad netamente ignaciana, encarnada en la vida de cada día; una guía para proceder en las situaciones cambiantes de la historia.

86

fue la de una espiritualidad netamente ignaciana, de pies en la tierra, encarnada en la vida de cada día; una verdadera guía para proceder y progresar en el servicio del Señor en las situaciones cambiantes de la historia, tomando decisiones por medio del “discernimiento orante”. De no tener a la vista

los resultados, sería punto menos que imposible imaginar cómo una persona, con la enorme carga de trabajo que pesaba sobre él, hubiera podido tener tiempo y holgura de espíritu para producir lo que él produjo. Con la particularidad de que sus escritos de temas más específicos de espiritualidad ignaciana son plenamente suyos, de su puño y letra, escritos a mano de principio a fin con sus inolvidables bolígrafos “Bic”.

Una selección de ellos, editada en español y prácticamente completa¹, recoge en dos volúmenes, que suman 1.390 páginas de texto, 194 piezas. Éstas pueden agruparse en cinco categorías: *estudios específicos sobre temas de espiritualidad ignaciana*, en torno a conceptos y textos de los escritos de San Ignacio, especialmente los Ejercicios; *cartas a toda la Compañía*; *alocuciones oficiales* en las diversas Congregaciones y reuniones de Superiores mayores; *discursos sobre diversos temas* de carácter apostólico; *homilias* pronunciadas en múltiples circunstancias.

Los estudios sobre temas de espiritualidad ignaciana suman 22:7, de carácter más general², 1 sobre el Diario Espiritual³, 1 sobre las cartas de San Ignacio⁴, y el resto (13) sobre diversos aspectos de los Ejercicios⁵.

Se daba la coincidencia de que, durante casi todo su generalato, el Centro (más tarde, Secretariado) para la promoción de la Espiritualidad Ignaciana de la Curia general organizaba cada año un “Curso ignaciano”,

¹ Selección de escritos del P. Peter-Hans Kolvenbach, 2 volúmenes (1983-1990 y 1991-2007), Provincia de España de la Compañía de Jesús, Madrid 1992 y 2007. (Edición no comercial).

² Sus títulos son: *Maestro Ignacio, hombre de la palabra: Viaquaedam ad Deum* (Un camino hacia Dios); *La experiencia de Cristo de Ignacio de Loyola*; *La práctica de la espiritualidad ignaciana*; “*Pietas et eruditio*”, “*Discreta caritas*”, “*Cura personalis*”.

³ *Lenguaje y Antropología. El diario espiritual de San Ignacio.*

⁴ *Las cartas de San Ignacio, su Conclusión.*

⁵ Sus títulos son: *Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. EL mensaje espiritual a través de las particularidades lingüísticas*; *Ejercicios y co-actores*; *Imágenes e imaginación en los Ejercicios Espirituales*; *No ocultéis la vida oculta de Cristo*; *La Pasión según San Ignacio*; “*Cristo ... descendió al infierno*”; *Locos por Cristo*; *Nuestra Señora en los Ejercicios Espirituales*; *La Pascua de Nuestra Señora*; *Las normas de San Ignacio sobre los escrúpulos*; *Pensar con la Iglesia después del Vaticano II*; *Ejercicios Espirituales y amor preferencial por los pobres*; *El “fruto” de los Ejercicios*. Ver P.-H. KOLVENBACH, S.J., *Decir ... al «Indecible»*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1999.

Peter-Hans Kolvenbach, S.J., Prepósito General y Maestro de espiritualidad ignaciana

cuya lección final era confiada al Padre General. Gracias a ello, tenemos esta colección de estudios del P. Kolvenbach sobre temas de los Ejercicios. Como se ve por sus títulos, se trata de estudios dispersos, que aparentemente no constituyen un cuerpo orgánico de doctrina. En alguno de ellos se pueden leer las siguientes líneas, que formulan su visión nuclear de los Ejercicios y darían la clave para comprender la unidad fondo de sus estudios:

“Los Ejercicios Espirituales son una experiencia que inició san Ignacio para ayudar a los demás a encontrarse con un Dios que no está mudo, y que no vive lejos, más arriba de la bóveda celeste. Un encuentro fuerte, vivo, personal, que compromete a quien sigue generosamente esa gimnasia espiritual y que lo lleva a entender y experimentar que Jesús resucitado llama a colaborar con la misión que Él mismo tuvo: dar la Buena Noticia. Son un benéfico terremoto interior. ... Porque en la vida concreta de cada día los Ejercicios ayudan a releer personalmente toda la obra de la salvación, para descubrir la voluntad amorosa de la divina Majestad sobre cada uno de nosotros, por medio de un conocimiento cada vez más personal del Señor Jesús, bajo la moción sensible del Espíritu y, cuando reconocemos su acción siguiendo las enseñanzas de los Ejercicios, nos impulsa a encarnar por medio de la ‘elección’ que Él nos inspira, el mayor servicio que actualiza hoy en nuestra vida la Obra de Cristo. ... De ellos obtenemos una vida en el Espíritu más vigorosa, un amor cada vez más personal al Hijo, que carga con su cruz, y un deseo más encarnado de poder ‘en todo amar y servir’”.⁶

87

Se trata de textos sumamente sugerentes, aunque no siempre fáciles de leer, por su profundidad y densidad, más apropiados para quienes poseen ya un buen nivel de conocimiento de los Ejercicios que para quienes empiezan a familiarizarse con ellos. A su calidad contribuyen los conocimientos lingüísticos del autor, la carga sapiencial que le proporcionaba su familiaridad con la teología oriental y, de modo muy perceptible, la experiencia personal, vigorosa y auténtica, de la práctica de los Ejercicios, hechos y dados. Estos elementos suplen, y se podría decir que con creces, lo que podría aportar una especialización puramente académica.

El resto de los textos mencionados no contienen estudios de espiritualidad ignaciana, propiamente tales; pero sí muchas referencias a puntos particulares de ella, según la materia de que tratan. Además es fácil percibir cómo todos ellos están realmente impregnados de esa espiritualidad. Vale esto particularmente de las cartas a toda la Compañía, escritas generalmen-

⁶ Cfr. P.-H. KOLVENBACH, *Espiritualidad ignaciana y Ejercicios espirituales*.

Urbano Valero

te también de su puño y letra, ya sea regularmente cada año en respuesta a las cartas informativas procedentes de toda ella (*discernimiento apostólico en común, vida en el Espíritu, pobreza*), ya en momentos especiales, como canonizaciones y beatificaciones de jesuitas y celebraciones de jubileos o conmemoraciones especiales (*450º aniversario del voto de Montmartre, IV centenario de la muerte de San Luis Gonzaga, 10º aniversario de la muerte del P. Pedro Arrupe, Celebración del año jubilar: San Ignacio, San Francisco Javier, Beato Pedro Fabro, 5º centenario del nacimiento del P. Nadal*), ya de temas particulares que circunstancialmente ofrecían un motivo especial (*Promoción de vocaciones, Recepción de la CG 34, Vida comunitaria, Apostolado social, Cuenta de conciencia, Eucaristía*).

Lo mismo se puede decir de sus numerosos discursos, pronunciados por el ancho mundo (*sobre diferentes trabajos apostólicos y la colaboración con otros en la misión*), y más particularmente en las Congregaciones y reuniones de Superiores mayores de la Compañía de Jesús.

Finalmente, las homilias, género que cultivaba con mimo de orfebre, para ayudar a escuchar y acoger la Palabra de Dios. En las innumerables concelebraciones que presidió nunca faltó su homilía, escrita previamente, siempre sobre el texto evangélico; regalo sumamente apreciado por los oyentes.

Por ello, bien merece que le reconozcamos como MAESTRO INSIGNE DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA y nos beneficiemos al máximo de su extraordinario magisterio; pues “lo que ha escrito alimentará la calidad de nuestra vida religiosa por muchos años”⁷.

88

“Ignacio no exige que todos tengan que recorrer su mismo camino. No obstante, nos regala un camino, entre otros, hacia Dios; un camino enriquecido con una amplia experiencia, una sabiduría práctica y espiritual combinada. Una experiencia ofrecida y recibida.” P.-H. KOLVENBACH, *La práctica de la espiritualidad ignaciana*, Conferencia CIS, Roma, 3 febrero 2003.

⁷ Carta de la CG 35 al P. Kolvenbach (4.3.2008).